

A propósito de *Madero, el otro*, de Ignacio Solares. La dualidad trágica del “Apóstol de la democracia”. María Antonia Zandanel. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Argentina.

El Sr. Madero fue hombre bueno, fue hombre justo que quiso en su justicia acabar para siempre con los padecimientos de los pobres.

Pancho Villa (noviembre 1914)

Podemos inscribir esta novela del escritor mexicano Ignacio Solares¹ dentro de los paradigmas de producción que corresponden a la llamada Nueva Novela Histórica², esto es, cabe ubicarla dentro de un generoso corpus de composiciones discursivas que se formulan como verdaderas Reescrituras de la Historia.

El autor se ocupa de textualizar aquí, más allá de un registro rigurosamente testimonial, que en rigor de verdad poco le preocupa, según lo consigna explícitamente en uno de los paratextos que enmarca la obra, la dualidad trágica de Francisco Madero quien se lanzara a liberar a su país, hacia principios del siglo XX, del ignominioso yugo de la tiranía con la intención de hacer transitar al México moderno por los caminos de la libertad y de la democracia. Madero llegará hasta a poner en riesgo y sacrificar la propia vida para, finalmente, convertirse en la víctima propiciatoria de los turbulentos acontecimientos con que se iniciara la Revolución mexicana. Todas las facetas de su intrincada personalidad no hacen sino confirmar el ineluctable suceder de los acontecimientos que rodean a quien fue, sin dudas, una de las más complejas figuras de la historia de nuestros tiempos. Estas escrituras procuran llenar los espacios vacíos dejados por la Historia oficial, con el objeto de que, ciertos episodios marginales, silenciados durante siglos o décadas, vengán a ocupar, merced a la viabilidad que sólo el discurso logra hacer posible, esos segmentos ocultos o poco conocidos del pasado histórico. O, de lo contrario, el mismo narrador pretende autojustificarse debido a la voluntad de inventar determinados hechos que bien pudieron ser reales y si no lo fueron, al menos resguardaron el principio de verosimilitud y procuraron mantener la coherencia textual interna tanto del relato como de las acciones.

Es precisamente ese despegue de lo rigurosamente testimonial aquello que lo lleva a privilegiar determinados aspectos del personaje histórico, sobre todo los menos ajustados a los registros de la historiografía pero no por ello menos verosímiles o menos creíbles. Esta actitud ante los sucesos narrados se pone de manifiesto desde los prolegómenos mismos de la escritura, marcando, de este modo, un sesgo más actual de estas notaciones discursivas. La mirada desde la cual se focaliza la historia, a partir de este registro de cuño histórico,

¹ Ignacio SOLARES. *Madero, el otro*. México, Editorial Joaquín Mortíz, 1989.

² Seymour MENTON. *La Nueva Novela histórica de la América Latina, 1978 – 1992*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

supone una visión mucho más libre y transgresora de los sucesos textualizados.

“En estas pulidas páginas, el lector descubre esta dimensión, no por literaria menos verosímil, que hasta ahora ha sido apenas sugerida, y que pone por delante, entre los motivos de la actuación política del héroe patrio, la voluntad –¿hasta dónde inconsciente? – de convertirse en víctima propiciatoria mediante el derramamiento de su propia sangre”³.

Al propio tiempo contrastan con esta actitud que procura destacar el carácter marcadamente ficcional del relato, por lo menos dos aspectos por demás significativos de la obra que resulta necesario señalar; en primer lugar, un significativo corpus bibliográfico, entre el que se encuentran algunos libros agotados que Manuel Arellano le facilitara al autor para su lectura y para una mejor comprensión del personaje histórico; por otra parte, un significativo paratexto, consignado al final de la obra, que destaca precisamente con qué profusión y rigor el texto indaga en los escasamente conocidos escritos espiritistas de don Francisco Madero:

“Profusamente documentada, entre otras fuentes definitivas en los aún poco conocidos escritos espiritistas de Madero, esta apasionante novela abre un enorme espacio de reflexión en torno al papel del individuo en la Historia, a la previsibilidad de sus derroteros y alrededor de la naturaleza humana misma. El “auténtico” Madero sólo podía surgir de las páginas de una obra literaria”⁴.

El hallazgo más significativo de esta novela de Solares es, precisamente, haber sabido encontrar y subrayar ciertos aspectos oscuros de la psiquis del personaje, aspectos que se erigen como el eje innegable de la novela, esos que denotan lo incomprensible y hasta lo contradictorio de su accionar y que tienen su origen, al parecer, en las inclinaciones teosóficas y espiritistas de Madero, el hombre destinado a poner fin al extenso período dictatorial de don Porfirio Díaz.

Está suficientemente estudiado el hecho de que hacia finales del siglo XIX y hasta la década del 30 era muy común entre nuestros intelectuales, preferentemente los poetas, educadores, políticos y pensadores, el cultivo de

³ Ignacio SOLANES, *Ob. Cit.*, Paratexto.

⁴ *Ibidem*, *Contratapa*.

un movimiento espiritualista en el cual se amalgaman ideas propias de la teosofía con aquellas que se asientan en el hinduismo, a las cuales se suman con frecuencia prácticas o creencias espiritistas. Es importante tener en cuenta estas singulares inclinaciones del espíritu hacia prácticas ocultistas y secretas para entender las marcas y las fuerzas ocultas que rodearon la conformación de la personalidad de don Francisco Ignacio Madero, que se manifestaron, tal como el texto mismo lo consigna, por primera vez, en el año 1903 (p. 248, Paratexto; p. 61, marzo de 1903) habrían de singularizar aspectos significativos de los hechos acontecidos con posterioridad y que tanta repercusión tendrían en el México revolucionario.

Devés Valdés y Melgar Bao señalan con acierto el significado de la impronta que estas creencias y estos principios teosóficos imprimen a las orientaciones, decisiones y acciones políticas, en un grupo destacado de intelectuales y personalidades políticas, al punto de conferirles un sello mesiánico a todas sus acciones:

“La teosofía contribuyó a modelar, en algunos intelectuales y políticos de la región, un particular tipo de liderazgo mesiánico: fue el caso de Francisco I. Madero y José Vasconcelos en el México revolucionario; también fue el caso de César Augusto Sandino en Nicaragua y el de Víctor Raúl Haya de la Torre frente al aprismo continental y peruano. Algunos de nuestros teósofos latinoamericanos, venidos a la política de manera coyuntural o permanente, confiaron cabalísticamente en las fechas símbolo, fastas o nefastas, para marcar o diferir sus respectivas insurgencias.”⁵

Devés señala, además, ciertos signos que delinean y determinan algunas ideas del período: “Idealismo, –dice- libertad creadora, vitalismo, amor, espiritualismo, son algunos de los conceptos que se van repitiendo y que, por esta vía, van a marcar el carácter de un nuevo pensamiento que caracteriza al período (...)”.⁶

Se ha subrayado también como una característica significativa de este momento histórico la formación de redes teosóficas que conectaban y relacionaban, desde el plano de las ideas, a intelectuales, pensadores, políticos o escritores de la época, situados en puntos distantes de Latinoamérica, con la intención de incidir en la opinión pública para imponer sus ideas. Funcionaron a

⁵ Eduardo DEVÉS VALDÉS y Ricardo MELGAR BAO. “Redes teosóficas y pensadores (políticos) latinoamericanos, 1910-1930. *Cuadernos Americanos*, 78 (1999), pp. 137 –152.

⁶ Eduardo DEVÉS VALDÉS. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la Cepal. (1900-1950)*. Buenos Aires, Biblios, 2000, p. 41.

partir de una serie de apogemas e ideas sostenidos y difundidos en determinados clubes, en asociaciones obreras y estudiantiles, en ciertos círculos americanistas, en las tertulias, las logias masónicas y las sociedades teosóficas en las cuales participaban personalidades relevantes del mundo de la cultura o de la política.

Estas redes, consolidadas a partir de vínculos muy estrechos, tenían, como observa María Elena Casaús Arzú, como principal objetivo “la búsqueda de nuevas formas de representación política y nuevos modelos que permitieran el derrocamiento de las dictaduras, la regeneración de la sociedad y la democracia de las instituciones públicas”⁷.

Significativamente importantes sobre todo por esa pretendida ruptura con las ideas de corte positivista, se caracterizan por la emergencia de una suerte de “espiritualismo nacionalista” con una fuerte impronta social. Señala Casaús que, en tanto procuran romper con el materialismo y el positivismo, retornan a un cierto hispanismo, revalorizan las raíces indígenas y buscan nuevos rasgos capaces de perfilar una determinada identidad nacional. Agrega la autora:

“Es especialmente notable la presencia de estas redes con densos vínculos de parentesco y de afinidad y su relación con otras redes centroamericanas y latinoamericanas, articuladas con sociedades teosóficas de carácter político como las de Madero en México, las de Alberto Masferrer en El Salvador, las de Sandino en Nicaragua; o de tipo intelectual como Vasconcelos en México, Mistral en Chile, Haya de la Torre en Perú, García Monge y Brenes Mesén en Costa Rica; y para el caso de Guatemala, las que se vinculan en torno a Wyld Ospina, Arévalo Martínez y Guillén; y en el caso de las mujeres se unifican en torno a la Sociedad Gabriela Mistral”⁸.

En la novela de Solanes se insiste reiteradamente en este aspecto de la biografía de Madero, en un marcado espiritualismo que habría de signar todo su actividad política, en su compromiso extraterrenal con presencias del más allá que guían su accionar y que, al mismo tiempo, signan esa faceta tan singular de su personalidad, a tal punto que lo convierten en “un apóstol a quien la clase alta desprecia y de quien las clases bajas recelan. ¡Nos ha

⁷ María Elena CASAÚS ARZU. “LA CREACIÓN DE NUEVOS ESPACIOS PÚBLICOS EN CENTROAMÉRICA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX: La influencia de redes teosóficas en la opinión pública centroamericana”. *Revista UNIVERSUM*. N° 17, Chile, Universidad de Talca, año 2002, p. 298.

⁸ *Ibidem*, p. 301 –302.

engañado a todos! No tiene un átomo de energía; no sabe poner al rojo el acero; y ha dado en la manía de proclamarse un gran demócrata.”⁹

Los momentos y las acciones más destacados de este breve período histórico, el que se corresponde con el estadio anterior al estallido de la Revolución y, posteriormente, hasta el asesinato del presidente Madero, a partir de 1903 y hasta febrero de 1913, están predeterminados o demarcados por la presencia de ciertas fuerzas del más allá que señalan las direcciones que deberán seguir los acontecimientos bajo el mando y la conducción de la figura señera de la gesta revolucionaria, orientados estos sucesos por la dirección que les imprime la asistencia de ciertas fuerzas del más allá¹⁰.

Tal vez el rasgo más fuertemente caracterizador de esta novela, a nuestro entender, está en la formalización apelativa del relato, que oscila constantemente desde un tú memorante a un yo íntimo, recóndito, oculto. La modalidad elegida nos muestra, desde perspectivas diversas, a un Madero siempre interpelado, interrogado o cuestionado. La diégesis fluctúa de un modo suficientemente perceptible para el lector entre dos construcciones apelativas alternas: la una, sugerida desde el título mismo de la novela, tal vez la más evidente, que propone la visión de un Madero otro, significativamente diferente del Madero histórico; y desde allí hurga en una personalidad oculta y escindida que esconde una faceta mucho menos conocida y hasta con frecuencia callada, omitida o silenciada del personaje histórico que le permita al lector comprender, desde ese lugar, el porqué del desacierto de ciertas conductas significativamente débiles que caracterizaron a las actuaciones y los comportamientos del máximo líder de la revolución triunfante.

Pero también entendemos hay a lo largo de toda la obra una segunda lectura posible que se entrecruza con la primera. Y desde aquí, desde este posicionamiento inquisitivo, interpelante, cuestionador, podemos vislumbrar una visión más dura, menos complaciente, más controversial, respecto de una mirada que juzga al hombre encargado de encender la chispa que habría de disparar los luctuosos sucesos que tiñeron de sangre la extensa geografía mexicana. Es también desde esta singular focalización que se señala reiteradamente la sucesión de errores cometidos por Madero, las traiciones ignoradas o no vislumbradas pese a la reiteración de indicios que las anticipaban y que tanto la mirada política como la percepción de las visiones espiritistas debieron manifestar o anticipar.

Desde ese ángulo y desde una focalización más actual si se quiere, desde el hoy a partir del cual se han decantado los sucesos, se cuestionan los errores y las tal vez evitables consecuencias de un temperamento débil que no

⁹ Ignacio SOLARES, *Ob. Cit.*, p. 18.

¹⁰ Y. TORTOLERO CERVANTES. *Un espíritu traduce su creencia en hechos políticos: Francisco Madero (1873 – 1913)*. Tesis doctoral. El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos. 1999. Citado por Marta Elena Casaús Arzú, *Art. Cit.*, p. 298.

supo o no logró anticiparse a los sucesos que se avecinaban. Esta actitud inquisitiva nos muestra a un Madero que no pudo, pese a la significación de la gesta realizada, más allá de las traiciones y del magnicidio cometido, prever la turbulencia del momento histórico que sacudiría al pueblo mexicano y sus inevitables consecuencias.

Esa conciencia indagadora y curiosa, denota al propio tiempo una presencia inquisidora *constante* a lo largo del relato la cual no deja en ningún momento de señalar aquellos que, a su juicio, o a juicio de la historia misma, fueron los grandes y casi inexplicables errores políticos del entonces presidente Madero:

“Y por eso, porque no fusilabas, no fusilaste a Bernardo Reyes en diciembre del once, cuando se rindió en Linares, después de su frustrada rebelión y te limitaste a confinarlo en la prisión de Santiago Tlatelolco, Y por eso, porque no fusilabas, tampoco fusilaste al sobrino de don Porfirio, a Félix Díaz, en octubre del doce, al rendirse en Veracruz, (...) y lo dejaste en la prisión de San Juan de Ulúa, como una bomba de tiempo que tardaría, apenas, cuatro meses en estallarte”. (p. 18-19)

“-Como político he cometido dos graves errores que han causado mi caída: haber querido contentar a todos y no haber sabido confiar en mis verdaderos amigos. ¡Ah!, si yo hubiera escuchado a mis verdaderos amigos, nuestro destino hubiera sido otro muy distinto; pero atendí más a quienes no tenían simpatía alguna por la Revolución y hoy estamos palpando el resultado”. (p.111)

“Y mientras tú andabas de gira por el sur en los museos de los horrores, Zapata llevó a cabo lo prometido y el trece de junio empezó a licenciar a su gente en La Carolina, fábrica en las afueras de Cuernavaca. (...) Se pagaron cuarenta y siete mil quinientos pesos y se recogieron tres mil quinientas armas. Zapata cumplió su palabra.” (p.120)

“Al poco tiempo le escribiste una carta (¿había necesidad de tantas aclaraciones con un soldado que, además se había mostrado abiertamente hostil hacia ti? (...) Pero apenas enviada la carta modificaste la orden, con lo cual se le permitió a Huerta permanecer en el ejército, aunque casi inactivo”. (p.136)

¿Es la historia misma quien interpela al héroe máximo de la revolución mexicana desde esa focalización intratextual que la diégesis registra? O, ¿se

trata, simplemente, del desdoblamiento mucho más explícito desde ese tú íntimo que al propio tiempo es el otro Madero, el místico oculto, volcado sobre sí mismo, inclinado al espiritismo¹¹, el héroe martirizado, el médium escribiente? Hablamos aquí de aquella arista tenebrosa y enigmática del personaje de la cual la historia oficial prefiere no hablar o, si se quiere, desde donde ha procurado a lo largo del tiempo indagar o hurgar lo menos posible por considerarla una faceta oscura en la vida del llamado “Apóstol de la democracia”. La historiografía ha llegado inclusive al punto de silenciar o de esquivar esta inquietante dimensión del personaje histórico, sobre todo si tenemos en cuenta la magnitud de la gesta realizada por Francisco Madero y su singular repercusión en el tiempo.

La novela, por su parte, tal como señala el propio Solares, “surgió más de lo simbólicamente verdadero que de lo históricamente exacto, según fórmula de Borges (...)”¹². Y es precisamente este rasgo, propio de los registros discursivos llamados históricos característicos de las últimas décadas, el que va a marcar con notas singularizantes el presente discurso de Solares, referido a uno de los más grandes hombres de la historia de México, figura destacada de la tormentosa década con que habría de iniciarse el siglo que acabamos de dejar atrás.

La novela, tal como el título mismo lo indica, gira y se configura más que en torno a los acontecimientos, en el intento de penetrar el misterio que rodea al héroe máximo de la revolución, las inciertas vacilaciones de su conducta, las fuerzas que determinan y encauzan desde el más allá los infaustos acontecimientos de estos años augurales. En otro momento, y en consonancia con esto que notamos, se señala en la novela que “(...) lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos”¹³.

¹¹ El espiritismo sustenta la creencia en la posibilidad de comunicarse con el espíritu de los muertos a partir de ciertas prácticas que se cultivan en la intimidad, en una secreta alianza con un grupo que comparte estas creencias y entre quienes se reúnen para posibilitar la invocación a los difuntos a los cuales se convoca. Se solicita en estas sesiones la presencia de los muertos conocidos a partir de ciertos ritos repetidos y compartidos que, suponen, posibilitan el contacto entre este mundo, el de los vivos, y el más allá. Se constituyen en una serie de prácticas de ocultismo basadas en estas creencias, Se supone también que el sentido de estos contactos está dado por la intención de comunicar determinadas formas de actuar o de indicar los caminos más acertados para conseguir los logros que algunas personas se proponen lograr en su vida o ante determinados acontecimientos de la existencia humana considerados fundamentales.

¹² Ignacio SOLARES. *Ob. Cit.*, p. 248.

¹³ *Ibidem*, Nota, p. 250.

La diégesis se construye desde una formalización pretendidamente biográfica y desde allí se recuperan determinados momentos del pasado histórico aunque, según el propio Solares, esto se produce a partir de la voluntad de elegir la versión que más convenga a los intereses de la novela, desde ese *intervalo* en el que coexisten la realidad y la imaginación. La torsión de los planos de la “verdad histórica”, no es una preocupación que desvele al novelista, antes bien, cuando deba elegir entre lo verdadero y lo ficcional se inclinará indefectiblemente por lo que más y mejor se acomode y amolde a las exigencias de la prosa y no necesariamente por un ajuste preciso al subtexto histórico de base, en tanto esta elección le facilite al lector la comprensión de la Historia misma.

La perspectiva desde la cual se formaliza el proceso constructivo del relato, debido a la continua sujeción a los hechos efectivamente vividos por el personaje histórico, determina que el relato se estructure como una suerte de construcción circular en retroceso. La diégesis, anclada siempre en lo referencial, se proyecta analépticamente hacia el pasado con el objeto de reconstruir desde el presente de la muerte, los acontecimientos señeros que habrían de generar una de las traiciones más viles de la historia mexicana.

“Qué evidente el último latido, la última sensación de la tierra en las manos crispadas, las bocanadas inútiles que apenas atrapaban hilos de aire, el dolor -asidero final- que se apagó contigo y dejó tan sólo algo que era como el eco del dolor. ¿Y luego?”¹⁴.

“¿O es el presentimiento de que tu muerte no hará sino desencadenar otras muertes, otros odios hasta ahora dormidos, el tigre que tanto temió don Porfirio que despertara, ola roja que cubrirá a tu país como a ti te cubrió los ojos con el estallido del último disparo? ¿No te jactabas más de tus triunfos conseguidos en el campo de la democracia que en el de batalla? (...) Aférrate al último latido, al recuerdo del último latido: permanece en él, no lo olvides, eternízalo. Puedes ser ese último hálito de vida, la última bocanada de aire que oxigenó tu sangre, la trayectoria de la bala que disparó el mayor Francisco Cárdenas cuando ya estabas en el suelo, desangrándote, y que se incrustó en tu cráneo, fracturó el hueso occipital, destrozó el cerebelo y el bulbo, desgarró las meninges y fue a alojarse, en pequeños fragmentos, en la base del cráneo, a la derecha de la silla turca”¹⁵.

“Como ves, el primer pasaje –que siempre relacionaste con el canal acerado de una aguja- te ha conducido al mismo lugar en que estabas, tendido boca arriba en un páramo ahora desolado. ¿Cuánto tiempo hará que se marchó el mayor Cárdenas, que se marcharon todos? (...) El

¹⁴ *Ibidem*, p.7.

¹⁵ *Ibidem*, p. 8 – 9.

silencio del tapanco de la hacienda en donde por fin podías, podrás, puedes volver a ser tú (y él, y todos nosotros): ése, el loco Madero, que fue un místico equivocado porque lo invadieron demasiadas voces y un político equivocado porque transpuso el umbral de la paz y de la democracia y holló con su pie un terreno que no le correspondía y aceptó y generó una violencia que temía y rechazaba, que lo desconcertó y culpó tanto que terminó por hacer exactamente lo contrario a aquello que debería haber hecho para evitarla”¹⁶.

La novela comienza y finaliza con el ajusticiamiento de don Francisco I. Madero, el héroe máximo de la revolución triunfante, aquel que pretendiera encauzar a su pueblo por los andariveles de la democracia, ejecutado por la bala asesina del mayor Francisco Cárdenas, por orden de su enemigo Victoriano Huerta, considerado a partir del magnicidio como traidor a la patria. Si tenemos en cuenta esta estructura circular, impensada en un registro de corte historiográfico a la manera tradicional, los episodios más salientes que anticiparon el estallido de la revolución mexicana y la gestación de un creciente malestar popular que habría de hacerla posible, se instalan en el relato desde una concepción acrónica, marcada por una sucesión de saltos en el tiempo que rompen la linealidad cronológica propia de los registros históricos llamados tradicionales o clásicos.

Debido a una marcada aceleración del tiempo histórico hay, también, hacia el final de la novela y a medida que nos aproximamos al desencadenamiento y la consumación de la traición, por otra parte, una alternancia continua entre los días previos a la ejecución y la proyección a los hechos que la hicieron posible.

Los saltos en el tiempo, los avances y retrocesos de la diégesis, determinan esa configuración no lineal del relato. “Por eso no pierdas de vista que tu recuerdo debe encontrar un punto de referencia que te ayude a ir y venir”¹⁷, se dirá en un momento de la novela, a modo de reflexión metadiscursiva. Ese punto de referencia es, sin dudas, el momento de su muerte, alfa y omega de toda la construcción circular del relato de Ignacio Solares, eje también de la disposición estructural de la novela que avanza y retrocede, analéptica y prolépticamente, en torno a la preparación y ejecución del magnicidio.

¹⁶ *Ibidem*, p.246 – 247.

¹⁷ Ignacio SOLANES. *Ob. Cit.*, p.106.

Menos frecuentes pero también presentes en este relato de cuño abiertamente referencial se pueden observar algunas prolepsis que conectan el momento histórico textualizado en la novela con otros episodios ocurridos con posterioridad, los cuales guardan una estrecha conexión con los hechos ficcionalizados:

“Cuando el mayor Cárdenas se suicide algunos años después – disparándose un tiro en la cabeza, como el que te disparó a ti, ¿buscando que la trayectoria de la bala sea la misma?- ¿se traerá también el recuerdo de tus ojos como última imagen?”¹⁸.

“Mira, las escenas que desentrañas dejan de culparte y de fijarse en ti como un mal sueño. Sin embargo, no creo que debas quedarte con esa última imagen de Félix Díaz por Plateros, tan grotesca, (...) Busca otra, quizás años más adelante. Ésa, por ejemplo, de noviembre de 1914. Villa, Ángeles y Zapata y muchísima gente más ante tu tumba, en el Panteón Francés”¹⁹.p. 244.

Por otra parte hay que destacar como un rasgo no menor, sobre todo por lo poco frecuente en estas composiciones discursivas que procuran alterar el equilibrio diegético, apartándose de este modo de los modelos discursivos llamados tradicionales o clásicos, las marcas constantes de la temporalidad que se desgranar a lo largo de la novela. La insistente reiteración de estas dataciones temporales, simulan un ajustado registro cronístico desmentido, precisamente, por esos sucesivos saltos temporales que constantemente quiebran un posible recuento diegético lineal. Sin pretender agotarlos, consignaremos algunos:

- abril de 1903 – Madero le escribe a su tío Catarino Benavides que durante uno de sus retiros y ayunos, lo visita un espíritu. Sobreviene el descubrimiento de su misión en este mundo. Las sesiones de espiritismo y la influencia en su vida. p. 49-51.
- 1901 – El estudio constante de los libros de espiritismo. Su más caro objetivo, alcanzar la plenitud, sobre todo aquella que no es de este mundo, p. 57.

¹⁸ *Ibidem*, p. 12.

¹⁹ *Ibidem*, p. 244.

- 1904 – en Monterrey presencia cómo un grupo que promovía a un candidato de la oposición es reprimido brutalmente, p. 57.
- 1904 – comienza su carrera política, p.58.
- 1903 – durante una sesión de espiritismo, su hermano Raúl, muerto a los cuatro años de edad se materializa junto al fantasma de José Vierna Zorrilla, un amigo de la familia, p.62.
- febrero de 1911, en Texas, se inicia nuestro protagonista en la lectura de los *Comentarios al Bhagavad Gita*, p.90.
- abril de 1911, prende en México la mecha de la revolución que haría estallar al país en una sucesión de luchas fratricidas que habrían de prolongarse en el tiempo. La mecha se había encendido, incontenible, en 18 estados, p. 94.
- 7 de junio de 1911, la entrada de don Francisco Madero a la capital como jefe máximo de la revolución triunfante, p.113.
- Mayo de 1909 se fundó el Centro Antirreeleccionista de México. Emilio Vázquez Gómez es elegido presidente y Toribio Esquivel Obregón y Francisco Madero, vicepresidentes. Los firmantes se declaraban reunidos para luchar por los principios democráticos del sufragio efectivo y se pronunciaban abiertamente por el principio de la no reelección, p. 149.
- En noviembre de 1910 se inicia la lucha armada y comienza el derramamiento de sangre, p. 201.

Es de destacar la marcada precisión cronológica con que se registran ciertos momentos de la historia, hecho que contrasta con las frecuentes analepsis que caracterizan a la formalización de la diégesis. De todos modos también es necesario señalar que las fechas que aluden a momentos muy íntimos de la vida del caudillo y de su evolución espiritista, tienen la misma entidad, aunque seguramente no el mismo rigor, que poseen los datos históricos absolutamente documentables, aquellos registrados en forma reiterada por la historiografía.

En el nivel semántico y a modo de sólidas líneas isotópicas que atraviesan toda la novela se perfila también el ideario político de Francisco Madero. La novela se ocupa de mostrar y de testimoniar, a propósito del personaje histórico y en sólida correspondencia entre el personaje real y el ente de papel, sus férreas creencias democráticas, su confianza en el poder del voto popular, la influencia del espiritismo en el accionar pre y post electoral, el

poder como contrario al bien, las desmedidas apetencias de ese poder, la inclinación al sacrificio personal antes que la continuidad de un derramamiento de sangre considerado estéril, la injerencia de los vecinos del norte en la política mexicana, la formalización del magnicidio, la consumación de la traición.

Sería interesante también registrar la recurrencia del tema del magnicidio en la historia de México, desde la revolución y hasta la actualidad, instado frecuentemente por la nefasta política de los EEUU, encarnado en la novela y en los hechos aquí textualizados en la conducta y el accionar del embajador norteamericano, el afamado psiquiatra Dr. Lane Wilson, aspecto que por razones de oportunidad no podemos consignar aquí.

El tono apelativo e inquisidor del discurso, característico de la novela del escritor mexicano, procura explicitar con claridad el lugar desde el cual la historia debe ser leída. La lectura nos permite asomarnos a esta dimensión del personaje –siempre minimizada o soslayada por la historia- que se convierte aquí en el vórtice desde donde los por momentos inexplicables comportamientos y los móviles de la conducta del personaje cobrarán su sentido más profundo.

Debemos hacer también una especial mención a la Nota que explicita las motivaciones centrales de esta reescritura de la historia; de evidente conformación paratextual, pone al descubierto desde el nivel discursivo y a partir de su formalización como registro pretendidamente histórico, los inconvenientes que plantea toda novela histórica. Con ella el novelista sale al cruce de cualquier confrontación de lectura que pueda surgir respecto a la absoluta veracidad de los sucesos textualizados. La misma bibliografía consultada por el novelista²⁰ plantea importantes contradicciones respecto a ciertos aspectos de la personalidad de Madero. Y entonces, el propio responsable de la construcción discursiva se pregunta: “¿A quién creerle y a quién no? ¿Y por qué?”.

Por otra parte, la red o el tejido intratextual señala puntos equidistantes de la cronología que vincula momentos distantes en el tiempo, a partir del

²⁰ Entendemos que una de las más importantes incongruencias y contradicciones que presenta este modelo de escritura a la cual se ha denominado Nueva Novela Histórica, o Reescrituras de la Historia, está precisamente en ese documentarse profusamente acerca del momento histórico que se quiere textualizar o ahondar en la psicología y las motivaciones del personaje histórico para luego ignorar o renegar de la tarea realizada. Si impugnar o negar la verdad histórica es la requisitoria de estos registros escriturales ¿qué sentido tiene documentarse tan concienzudamente acerca de los hechos que se procuran reescribir? ¿Por qué esa intención de justificar ante los lectores y ante los críticos la seriedad del trabajo realizado tal como debe hacerlo por ejemplo, el historiador?.

engranaje de los sucesos que disparan los acontecimientos que preparan el advenimiento de la Revolución mexicana. La novela textualiza también el papel que le toca representar en estos momentos cruciales a quien es considerado el Apóstol de la democracia.

La lectura de la historia en *Madero, el otro* se lleva a cabo a partir de la oposición que se plantea entre los ideogramas aspiraciones democráticas – traición. El campo semántico se abre, generoso, a lo largo de la novela para albergar los más caros sentimientos de este espíritu libre y hasta un tanto ingenuo que pone en riesgo la propia vida para garantizar la instauración de una auténtica y definitiva democracia en su país, como irremediable corolario de la extensa dictadura de don Porfirio Díaz, contra cuyo poder hegemónico se levanta Madero en 1910. (1877-1911)²¹.

Pese a presentar la novela desde su formulación discursiva muchos de los caracteres de la neo novela histórica, está completamente ausente el tono paródico que caracteriza a los productos escriturales de finales del siglo XX. Este rasgo se presenta como un punto verdaderamente singular en esta Reescritura de la Historia. Hay también constantes alusiones a una referencialidad subyacente y siempre omnipresente que intenta interpretar los oscuros y luctuosos sucesos que llevaron a la consumación de la traición que habría de propiciar uno de los más significativos derramamientos de sangre de nuestra América, en los comienzos mismos del siglo XX.

Por varios motivos, las claves de lectura de la novela de Solares debemos buscarlas en el paratexto final, al que el escritor mexicano titula Nota. Desde este significativo documento se desprenden aspectos esenciales para comprender ciertos pasajes oscuros de la historia que el novelista debió necesariamente interpretar, más que limitarse a transcribir, atento a la verdad histórica, a la luz de lecturas diversas y hasta contradictorias. Nosotros, sus lectores, debemos aceptar desde nuestra condición de tales su afirmación de que, en todo caso, el concepto que primó sobre los demás fue favorecer aquel que convenía más al verosímil novelesco que a la estricta verdad histórica:

“¿Qué hacer entonces? Escoger la versión que más convenga a la novela, creo, siempre desde ese *intervalo* en el que resplandecen la realidad y la imaginación. Total, lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos”.²²

Los entrecruzamientos permanentes entre el relato propiamente histórico y la pura invención novelesca, aquella que interesa al plano de la ficción, tienen como motivación principal rescatar más que lo que efectivamente fue, lo que en rigor pudo haber sucedido. Paul Ricoeur señala con absoluta claridad estas sugestivas notas caracterizadoras que parecen focalizar los viejos discursos a la luz de una nueva mirada. Y por esto mismo señala, a modo de interpretación del fenómeno que pretende representar, el carácter “cuasi histórico” de la

²¹ El general y estadista José de la Cruz Porfirio (1828-1915) fue elegido presidente de la República después de una importante serie de triunfos militares. Durante su gobierno, aumenta significativamente la prosperidad del país.

²² Ignacio SOLARES. *Ob. Cit.*, p.250.

ficción que se corresponde con lo que considera el carácter “cuasi ficcional” del pasado histórico²³.

Las vacilaciones de la historiografía respecto de un mismo episodio de ese pasado histórico parecen responder acertivamente a esta propuesta de Ricoeur, en tanto el discurso ya no puede dar cuenta con total fidelidad de ciertos registros del pasado. Tal es el caso, por ejemplo, del contraste de versiones que podemos percibir en distintos puntos de la historia, en el caso que en este momento nos ocupa, de ciertos episodios o de algunos sucesos que preparan la traición del presidente Madero, eje indiscutible del entramado novelesco. Solares señala a propósito del episodio que da cuenta del intento frustrado de Izquierdo y Riveroll por prender a Madero y cuando éste se asoma al balcón, el hecho de que historiadores como Taracena, Sánchez Azcona y Urquiza registran como dato destacado la convocatoria multitudinaria que aclama al presidente; en tanto, la versión de Vasconcelos acerca de los mismos hechos, habla de calles totalmente desiertas y del mandatario presuntamente prisionero dentro de los muros del Palacio presidencial.²⁴ Y entonces, también el propio lector se pregunta: “¿A quién creerle y a quién no? ¿Y por qué?”.

Para finalizar, y a modo de síntesis, podemos señalar que los vaivenes entre la verdad y la ficción, los frecuentes saltos cronológicos, el posicionamiento del personaje histórico en un primer plano hegemónico, el singular desdoblamiento de la voz que reconstruye esta parcela del pasado desde ángulos tan disímiles, desde una clarísima focalización especular que se puede percibir a lo largo del relato, por una parte; por otra, desde una constante actitud apelativa que busca respuestas concretas ante ciertos comportamientos oscuros del personaje, dan forma a una nueva versión de la historia que se reescribe a partir de un impiadoso reclamo.

Sin embargo, a medida que la novela avanza y al tiempo que Madero, el hombre, se desnuda ante nuestros ojos, mengua significativamente el reclamo de la historia y la actitud inquisitiva y reclamatoria para dejar paso a una mirada distinta del personaje, desde un ángulo más humanitario, más en consonancia con el merecido reconocimiento que todo un pueblo debe a una de las figuras más puras y sacrificadas de su historia, más allá de los incontables e inexplicables errores políticos cometidos.

²³ Paul RICOEUR. *Tiempo y narración III.. México, Siglo XXI, 1996, p. 916.*

²⁴ *Ibidem*, p. 249